

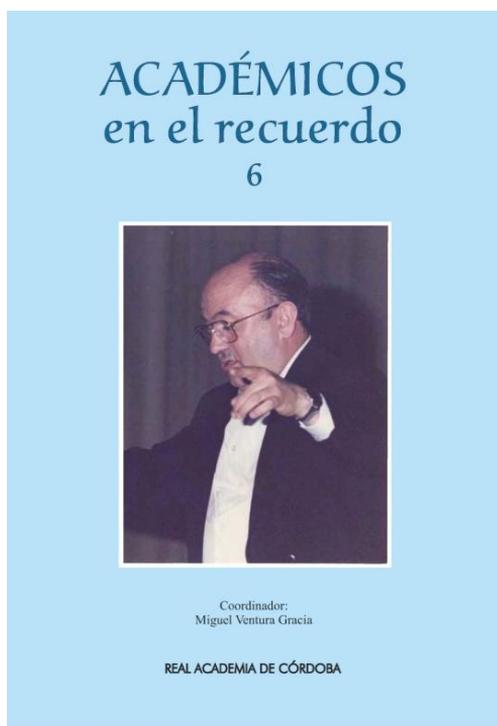
MIGUEL VENTURA GRACIA (COORD.): *ACADÉMICOS EN EL RECUERDO 6*, CÓRDOBA, REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA, 2022, 200 PÁGS.

María Soledad Gómez Navarro
Académico Correspondiente

Como casi todos los años por estas fechas llega a la sociedad cordobesa un volumen —esta vez el sexto— de la Colección *Francisco de Borja Pavón* que la Real Academia de Córdoba dedica a los Académicos fallecidos, mostrando así la bicentenario y docta institución cultural cordobesa su gratitud a quienes la sirvieron con entrega y entusiasmo a lo largo del tiempo.

Coordinado por el también académico Miguel Ventura Gracia —a quien también se debe su proemio, y una de las biografías—, entrega las siete aportaciones que se presentan, receptáculos de la correspondientes trayectorias existenciales de

seis académicos y una académica —sigue siendo reto aumentar la presencia femenina—, entre 1827 y 1932, según mi acostumbrada estrategia de usar el criterio cronológico de los natalicios de los homenajeados por orden de antigüedad para esta reseña. Teniendo como denominador común primordial trazar su perfil personal, se muestran las vicisitudes vitales e intelectuales más significativas de todos ellos, reafirmando así la obligación moral de la Real Academia, de agradecer a quienes la sirvieron; ofrecer su ejemplo a las generaciones presentes y futuras; y tenerlos siempre presentes. Organizo este texto tomando como eje el número de quienes concu-



ren en las distintas disciplinas de forma exclusiva o predominante — porque a veces concurre la polivalencia, casos de Marchesi Butler y Gracia Boix, también pintor e historiador, respectivamente, junto a su actividad prioritaria—, de manera que dos académicos fueron militares — precisamente los dos ya indicados—, y uno en cada una de sendas áreas, profesiones o artes de archivística —López Amo—, fedataria —Díaz del Moral—, enseñanza —Sandoval y Cútoli—, literatura —Pedraza Molina—, y música —Bedmar Encinas—.

Así, a la ocupación castrense consagró su vida, en efecto, Francisco Marchesi Butler (1850-1925), cuya semblanza traza José María Palencia Cerezo. A través de ella podemos saber que jugó un papel notable en la Academia cordobesa durante el primer cuarto del siglo XX. Madrileño nacido en el seno de una familia española importante —su padre, don José Marchesi Oleaga, desarrolló una relevante trayectoria militar de indudable y decisiva repercusión en la vida de todos sus vástagos—, Francisco adquirió de joven una formación férrea y esmerada que le animó a seguir la carrera paterna en la que alcanzó el grado de coronel de Caballería, simultaneada con el aprendizaje de la pintura. Miembro de esta docta casa desde noviembre de 1904 por la sección de Nobles Artes, muy pronto dejaría constancia de su pertenencia y buen servicio a la misma, llegando a ostentar la importante responsabilidad de su Depositario. Obviamente si aquí consta es por su destacada obra en el campo de la pintura, pero también por los tres destacados retratos que materializó para su galería de personajes célebres. Bagaje al que últimamente se ha sumado la obra comprendida en la donación que sus actuales descendientes, la familia García Cabrera, ha hecho a la Academia cordobesa.

También militar —además de historiador, como ya se anunció— fue Rafael Gracia Boix (1923-2001), glosado por el coordinador y prologuista de la presente edición, el también académico numerario, director del Servicio de Publicaciones de esta entidad académica, y eximio cronista de la villa de Espejo Miguel Ventura Gracia. Articulado su texto en cuatro apartados —trazos biográficos, obra, Inquisición en Córdoba como una de las aportaciones fundamentales de Gracia Boix, y su vinculación a la Real Academia—, el glosador destaca a su biografiado como uno de los académicos contemporáneos más singulares de los que han pasado por la insigne entidad cultural cordobesa. Su enorme devoción por la capital del Califato explica que gran parte de su vida la dirigiera a estudiar, difundir y divulgar la historia y patrimonio de su ciudad natal. Militar de profesión, donde alcanza el grado de capitán, en destinos y servicios sucesivos en Valladolid, Sahara español y Granada, en 1958 regresa a su querida Córdoba donde desempeña su labor profesional hasta 1983. Como ya se ha anticipado, su

producción historiográfica atendió por un lado, a la investigación y divulgación del pasado de su ciudad natal, y, por otro —y de forma singular— al análisis de la Inquisición —y demás derivaciones, como la brujería—, o del clero —regular, en concreto—, siendo referente y consulta inexcusables, en el primer caso, su conocidísima obra *Autos de fe y causas de la Inquisición de Córdoba*, y, en el segundo, *El real monasterio de San Jerónimo de Valparaíso en Córdoba*, entre muchas otras aportaciones: hontanares increíbles de información donde han —hemos— bebido varias generaciones de historiadores, cordobeses o no, por la densidad y profundidad de sus datos y reflexiones. Ello, junto a su servicio en asimismo muchas y variadas actividades y responsabilidades en la Academia de Córdoba justifican sobradamente su inclusión en esta galería de académicos.

A partir de aquí este volumen sexto acoge uno por cada una de otras tantas especialidades profesionales. Así a la profesión de la archivística se dedicó José López Amo (1827-1910), biografiado por la Directora del Archivo Municipal de Córdoba y también académica Ana Verdú Peral, articulando su texto en los dos inexcusables pivotes de pinceladas biográficas y obra. Como archivero del Ayuntamiento de Córdoba, expresa la dificultad de desempeñar tal labor por los serios altibajos sociopolíticos del Ochocientos, en global, y de la corporación municipal, en singular. En 1874, y tras ocupar el cargo intermitentemente, es nombrado oficial primero de secretaría con el cargo de archivero, puesto que desempeñará hasta su muerte. Durante tan larga vida laboral este biografiado «configuró el Archivo como un moderno servicio de información y documentación para el Ayuntamiento, sesgo que lamentablemente perdió tras su muerte, pues supo conjugar la vertiente histórica y administrativa que, como servicio público, todo Archivo debe tener» (p. 20). Su labor al frente de la documentación municipal fue de tal calado, que logró escalar los más altos puestos de la administración; y de tal prestigio que en 1893 fue propuesto por el Ayuntamiento para la obtención de la Cruz de Caballero de Isabel la Católica. Su principal faceta archivística no impidió a López Amo que diera a las prensas muchos trabajos que nutrieron los estudios de buen número de eruditos cordobeses de su época. Como tampoco obstaculizó sus muchos servicios a esta docta casa, que supo reconocer su labor distinguiéndole como académico numerario el 13 de enero de 1900, consignándole además el cargo de bibliotecario. De su obra y buen hacer somos asimismo deudores quienes, historiadores, archiveros o sociedad en general, hemos frecuentado, y seguimos haciéndolo, esos maravillosos «depósitos de la memoria», que son los archivos, donde se detiene el tiempo.

Por su parte, a la noble profesión de dar «fe pública» de los actos mantenidos y desarrollados entre los particulares —el notariado— se dedicó el

bujalanceño Juan Díaz del Moral (1870-1948). Diseccionado por la muy pertinente pluma del doctor en Historia José Luis Casas Sánchez, quien centra su enjundioso y bien trabado trabajo al efecto en seis partes: datos biográficos fundamentales del homenajeado, coordenadas para la comprensión de su trayectoria, consideraciones formales previas, análisis de su obra más conocida, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, Córdoba*; otras obras del autor; y etapa final y recuperación de su figura. A las que siguen un interesante y muy útil apéndice donde «habla» directamente el mismo Díaz del Moral a través de la entrevista que le hizo el conocido diario *El Sur* durante la Segunda República, el 21 de junio de 1932, con lo que tenemos los mimbres básicos de la trayectoria vital del conocido notario cordobés. A saber: su corta pero intensa y significativa experiencia política, como miembro de las Cortes Constituyentes de 1931; su contacto con la realidad a través del magnífico prisma de su profesión; su formación universitaria en Sevilla y Madrid; sus contactos personales con el reformismo institucionalista; o el lenguaje utilizado por el recordado académico. En todo caso, su obra es de tal calibre que justifica sobradamente ser también uno de los historiadores recordados en su pueblo en abril de 1980, o, quince años más tarde, en Córdoba con motivo del II Congreso de Historia Social de España, a la que sirvió, y no solo la andaluza, como asimismo se indica; y a la que sin duda colaboró con su conocidísima obra antes indicada, dirigida a explorar cuáles fueron y cómo se expresaron las inquietudes campesinas de su época.

A la docencia, pues fue catedrático de Lengua y Literatura españolas, se dedicó el siguiente académico en el que nos fijamos por su año de nacimiento, Manuel de Sandoval y Cútolí (1874-1932), si bien aquí está por su propia contribución a la segunda disciplina señalada. Traza su biografía José María de la Torre García en los cuatro epígrafes en que estructura su asimismo amplia elaboración, aunque sustentados principalmente en los aspectos biográficos, y, sobre todo, las consideraciones literarias de la extensa obra de Sandoval —prosa, ensayo y crítica literaria; didáctica; y poesía—, pues introducción, conclusión y bibliografía empleada solo sirven para completar el texto. Por ello sabemos que este académico fue licenciado en Derecho por la Universidad Central de Madrid y licenciado y doctor en Filosofía y Letras por la misma *Alma mater*. Centrado en el ejercicio profesional de la enseñanza llega a ser de Catedrático de Preceptiva y Poética, ejerciendo en institutos de Teruel, Soria, Burgos, Córdoba, adonde arriba en 1902 y a cuyo cuerpo docente permanecerá unido por largo tiempo. Pero también impartió docencia en Toledo y, finalmente, Madrid, como parece que siempre fue su deseo, en cuyo Instituto «Cardenal Cisneros» concluirá su vida profesional, «después de unos treinta y

cuatro años de entrega a la enseñanza y a la escritura» (p. 88). Empero, parece que fue en Córdoba donde más arraigó, como lo avalan el que fuera socio de mérito de la Real Sociedad Económica Cordobesa de Amigos del País, y académico correspondiente, numerario, y director de su Real Academia de Córdoba. Avales más que suficientes para que así el Ayuntamiento de la ciudad lo reconociera dando su nombre a una conocida calle del centro urbano. Pero donde más destacó fue sin duda en la escritura. Cultivó, en amplia panoplia de géneros, prosa, ensayo, crítica literaria, obras didácticas, y, sobre todo, poesía, por lo que el autor de la semblanza acompaña la selección que presenta con muy conveniente, jugosa y magnífica exégesis en cada caso.

A la escritura literaria como dedicación preferente también se dedicó la única académica presente en este volumen, la lucentina África Pedraza Molina (1925-2022), de cuya longeva existencia da cuenta Antonio Cruz Casado. Como viene siendo habitual, trayectoria vital, aportación literaria, y bagaje como académica, conforman su texto, al que completa una pequeña referencia a su óbito apenas hace un año y muy cerca de que alcanzara el siglo en este mundo. Aunque ceutí de nacimiento, la trayectoria de esta escritora aparece vinculada con harta frecuencia a la ciudad de Lucena, especialmente por la parte central de su vida, por lo que puede considerarse lucentina de adopción. Como trabajó «a favor de la tradición literaria y religiosa de Lucena» (p. 145), por cuya ciudad fue académica correspondiente, y el ayuntamiento lucentino publicó una recopilación de sus versos bajo el título *Brisa del alma inquieta*, el texto de su semblanza está construido principalmente en función de la actividad literaria que aquélla desarrolló, comentando su glosador críticamente cada uno de sus libros e indicando lo más significativo al respecto. Así, *Epistolario Valeriano. Monografía*, cuya calidad reflejan quienes los prologaron —José M.^a Pemán y Rafael Castejón—, trata la personalidad de Valera a través de sus cartas literarias y personales; *Erisana*, Lucena, como indica el nombre culto de la localidad con el que titula esta obrita de narraciones; o *Anaquel de Imágenes*, también del mismo jaez y temática que la precedente. Tras ella, la edición de *Crisol de Amor* y *A orillas de Guadalquivir* —ambas introducidas por el ex director de la Real Academia Joaquín Criado Costa— rompieron un paréntesis de casi dos décadas que privó de seguir disfrutando con las indiscutibles dotes, calidad y facultades literarias de la escritora, así como el dominio de los distintos géneros literarios que cultivó. Empero, aprovechó esos años para dirigir la revista *Wallada*, mostrando así su sobrada capacidad también en esas lides. Cierra este texto una selección de otros tantos comentarios críticos de *Brisa del alma inquieta*, timbre de

gloria con la que esta autora puso fin a una muy respetable y exitosa producción literaria.

Por último, es la música la actividad a la que consagró existencia y afanes Luis Bedmar Encinas (1932-2011), «una vida en la música», como intitula las páginas que le dedica Juan Miguel Moreno Calderón. En un texto sin solución de continuidad, didáctico, sencillo y sin estridencias, se desgranar las aportaciones al arte de Euterpe de este «buen músico» (p. 184), natural de Cúllar-Baza, y amante de Córdoba, de su música, sus sonos y su historia. Y sin duda «una de las figuras capitales de la historia musical cordobesa contemporánea» (p. 15); por su contribución a la música de la ciudad califal desde los años sesenta del pasado siglo hasta prácticamente su muerte.

Bedmar siempre conjugó y combinó su vocación compositiva, de manera que tanto atendió su destacada faceta educativa en el Conservatorio Profesional de Música y Arte Dramático, como la de dirección de orquesta y coros. O impulsando nuevas agrupaciones instrumentales y vocales, o apoyando la polifonía, sin duda «la principal seña de identidad de la coral creada» por el biografiado (p. 190). Su bagaje de composiciones fue muy amplio y variado al incluir obras de los más diversos géneros, si bien con singular relevancia de la música coral, espacio al que aportó muchas composiciones originales y otro generoso número de armonizaciones, fruto de otra de sus pasiones: el estudio de la música popular. En todo caso, una labor memorable la de este cordobés de adopción cuya dedicación a la música traspasó con harta frecuencia el estrecho recinto de las aulas para implicarse en la ciudad, pese a las respuestas enfrentadas por algunas de sus iniciativas, como la que proponía convertir progresivamente la banda municipal en orquesta de la misma naturaleza.

En definitiva, otro volumen que ha cumplido, una vez más, la noble, justa y debida tarea de rendir homenaje, recuerdo y tributo a quienes un día también convivieron en esta docta casa, única manera de poder avanzar —conocer cómo y por quiénes hemos llegado hasta aquí—, y de seguir siendo de bien nacidos por ser agradecidos con quienes nos precedieron.